PQ 6457
G2
1878

Madrid, 1878.—IMP., EST. Y GALV. DE ARIBAU Y C.ª,
SUCESORES DE RIVADENEYRA,
IMPRESORES DE CAMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

111360

LA GATOMAQUIA,

DEL LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS.

DE DOÑA TERESA VERICUNDIA AL LICENCIADO TOMÉ DE BURGUILLOS, SOBRE LA GATOMAQUIA.

Soneto.

Con dulce voz y pluma diligente
Y no vestida de confusos cáos,
Cantais, Tomé, las bodas, los saraos
De Zapaquilda y Micifuf valiente.
Si á Homero coronó la ilustre frente
Cantar las armas de las griegas naos,
A vos de los insignes marramaos
Guerras de amor por súbito accidente.
Bien mereceis un gato de doblones,
Aunque ni Lope celebreis ó el Taso,
Ricardos ó Gofredos de Bullones;
Pues que por vos, segundo Gatilaso,
Quedarán para siempre de ratones
Libres las bibliotecas del Parnaso.

457
111360

Á DON LOPE FÉLIX DEL CARPIO, SOLDADO EN LA ARMADA DE SU MAJESTAD.

SILVA PRIMERA.

Yo, aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Estos vestidos de árboles mayores,
Y aquéllas de ganados y de flores,
Las armas y las leyes,
Que conservan los reinos y los reyes;
Agora en instrumento ménos grave
Canto de amor suave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero Taratántara templado
Con el silbo del pífano sonoro.
Vosotras, musas del castalio coro,
Dadme favor en tanto
Que con el genio que me distes, canto
La guerra, los amores y accidentes
De dos gatos valientes;
Que, como otros están dados á perros
O por ajenos ó por propios yerros,
Tambien hay hombres que se dan á gatos
Por olvidos de príncipes ingratos,
O porque los persigue la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.
Tú, don Lope, si acaso
Te deja divertir por el Parnaso
El holandés pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas

Por donde con la armada peregrinas,
Suspende un rato aquel valiente acero
Con que al asalto llegas el primero,
Y escucha mi famosa *Gatomaquia:*
Así desde las Indias á Valaquia
Corre tu nombre y fama,
Que ya por nuestra patria se derrama
Desde que viste la morisca puerta
De Túnez y Biserta,
Armado y niño en forma de Cupido,
Con el Marqués famoso
De mejor apellido,
Como su padre, por la mar dichoso.
No siempre has de atender á Marte airado,
Desde tu tierna edad ejercitado,
Vestido de diamante,
Coronado de plumas arrogante;
Que alguna vez el ocio
Es de las armas cordial socrocio,
Y Vénus en la paz, como Santelmo,
Con manos de marfil le quita el yelmo.
Estaba sobre un alto caballete
De un tejado, sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirlada
Como si fuera gata de convento.
Su mesmo pensamiento
De espejo le servia,
Puesto que un roto casco le traia
Cierta urraca burlona,
Que no dejaba toca ni valona
Que no escondia por aquel tejado,
Confin del corredor de un licenciado.
Ya que lavada estuvo,

457
111360

Y con las manos que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliñada,
Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria bocal, con tanta gracia
Como pudiera el músico de Tracia,
De suerte que cualquiera que la oyera,
Que era solfa gatuna conociera
Con algunos cromáticos disones,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la primavera
Por un balcon de rosas y alelíes,
Y Flora con dorados borceguíes
Alegraba risueña la ribera;
Tiestos de Talavera
Prevenia el verano,
Cuando Marramaquiz, gato romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha, su escudero,
Que al sol salia Zapaquilda hermosa,
Cual suele amanecer purpúrea rosa
Entre las hojas de la verde cama,
Rubí tan vivo, que parece llama;
Y que con una dulce cantilena
En el arte mayor de Juan de Mena,
Enamoraba el viento.
Marramaquiz, atento
A las nuevas del paje,
Que la fama enamora desde léjos,
Que fuera de las naguas de pellejos
Del campanudo traje,
Introduccion de sastres y roperos,
Doctos maestros de sacar dineros,
Alababa su gracia y hermosura
Con tanta melindrífera mesura;
Pidió caballo, y luego fué traida

Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra
Que tuvieron las monas y los gatos.
Púsose borceguíes y zapatos
De dos dediles de segar abiertos,
Que con pena calzó, por estar tuertos;
Una cuchar de plata por espada,
La capa colorada
A la francesa, de una calza vieja,
Tan igual, tan lucida y tan pareja,
Que no será lisonja
Decir que Adónis en limpieza y gala,
Aunque perdone Vénus, no le iguala;
Por gorra de Milan, media toronja,
Con un penacho rojo, verde y bayo,
De un muerto por sus uñas papagayo,
Que diciendo: «Quien pasa», cierto dia,
Pensó que el Rey venía,
Y era Marramaquiz, que andaba á caza,
Y halló para romper la jaula traza.
Por cuera dos mitades, que de un guante
Le ataron por detras y por delante,
Y un puño de una niña por valona.
Era el gatazo de gentil persona,
Y no ménos galan que enamorado,
Bigote blanco y rostro despejado,
Ojos alegres, niñas mesuradas
De color de esmeraldas diamantadas,
Y á caballo en la mona parecia
El paladin Orlando, que venía
A visitar á Angélica la bella.
La recatada ninfa, la doncella,
En viendo el gato, se mirló de forma,
Que en una grave dama se trasforma,

457
111360

Lamiéndose á manera de manteca,
La superficie de los labios seca,
Y con temor de alguna carambola,
Tapó las indecencias con la cola;
Y bajando los ojos hasta el suelo,
Su mirlo propio le sirvió de velo;
Que ha de ser la doncella virtuosa
Más recatada miéntras más hermosa.
Marramaquiz entónces con ligeras
Plantas batiendo el tetüan caballo,
Que no era pié de hierro ó pié de gallo,
Le dió cuatro carreras,
Con otras gentilezas y escarceos,
Alta demostracion de sus deseos;
Y la gorra en la mano,
Acercóse galan y cortesano
Donde le dijo amores.
Ella, con los colores
Que imprime la vergüenza,
Le dió de sus guedejas una trenza;
Y al tiempo que los dos marramizaban,
Y con tiernos singultos relamidos
Alternaban sentidos,
Desde unas claraboyas, que adornaban
La azutea de un clérigo vecino,
Un bodocazo vino,
Disparado de súbita ballesta,
Más que la vista de los ojos presta,
Que dándole á la mona en la almohada,
Por de dentro morada,
Por defuera pelosa,
Dejó caer la carga, y presurosa
Corrió por los tejados,
Sin poder los lacayos y criados
Detener el furor con que corria.

No de otra suerte que en sereno dia
Balas de nieve escupe, y de los senos
De las nubes relámpagos y truenos
Súbita tempestad en monte ó prado,
Obligando que el tímido ganado
Atónito se esparza,
Ya dejando en la zarza,
De sus pungentes laberintos vana,
La blanca ó negra lana,
Que alguna vez la lana ha de ser negra;
Y hasta que el sol en arco verde alegra
Los campos, que reduce á sus colores,
No vuelven á los prados ni á las flores;
Así los gatos iban alterados
Por corredores, puertas y terrados
Con trágicos maüllos,
Y la mona, la mano en la almohada,
La parte occidental descalabrada,
Y los húmidos polos circunstantes
Bañados de medio ámbar, como guantes.
En tanto que pasaban estas cosas,
Y el gato en sus amores discurria
Con ánsias amorosas
(Porque no hay alma tan helada y fria,
Que amor no agarre, prenda y engarrafe),
Y el más alto tejado enternecia,
Aunque fuesen las tejas de Jetafe,
Y ella con ñifi ñafe
Se defendia con semblante airado,
Aquel de cielo y tierra monstro alado,
Que vestido de lenguas y de ojos,
Ya decrépito viejo con antojos,
Ya lince penetrante,
Por los tres elementos se pasea,
Sin que nadie le vea,

457
111360

Con la forma elegante
De Zapaquilda discurrió ligero
Uno y otro hemisfero,
Aunque con las verdades lisonjera,
Y en cuanto baña en la terrestre esfera,
Sin excepcion de promontorio alguno,
El cerúleo Neptuno,
Plasmante universal de toda fuente,
Desde Bootes á la austral corona
Y de la zona frígida á la ardiente.
Esto dijo la fama, que pregona
El bien y el mal, y en viendo su retrato,
Se erizó todo gato,
Y dispuso venir, con esperanza
Del galardon que un firme amor alcanza.
Los que vinieron por la tierra en postas
Trujeron, por llegar á la ligera,
Sólo plumas y banda, calza y cuera;
Los que habitaban de la mar las costas
(Tanto pueden de amor dulces empresas)
Vinieron en artesas,
Mas no por eso ménos
Hasta la cola de riquezas llenos;
Y otros, por bizarría,
Para mostrar despues la gallardía,
En cofres y baules,
Sulcando las azules
Montañas de Anfitrite,
Y alguno que á disfraces se remite,
Por no ser conocido,
En una caja de orinal metido.
Con esto en muchos siglos no fué vista,
Como en esta conquista,
Tanta de gatos multitud famosa
Por Zapaquilda hermosa.

Apénas hubo teja ó chimenea
Sin gato enamorado,
De bodoque tal vez precipitado,
Como Calisto fué por Melibea;
Ni raton parecia,
Ni el balbuciente hocico permitia
Que del nido saliese,
Ni queso ni papel se agujeraba,
Por costumbre ó por hambre que tuviese;
Ni poeta por todo el universo
Se lamentó que le royesen verso;
Ni gorrion saltaba,
Ni verde lagartija
Salia de la cóncava rendija.
Por otra parte el daño compensaba
Que de tanto gatazo resultaba,
Pues no estaba segura
En sábado morcilla ni asadura,
Ni panza ni cuajar, ni áun en lo sumo
De la alta chimenea
La longaniza al humo,
Por imposible que alcanzarla sea,
Exento á la porfía en la esperanza,
Que tanto cuanto mira, tanto alcanza.
Entre esta generosa ilustre gente
Vino un gato valiente,
De hocico agudo y de narices romo,
Blanco de pecho y piés, negro de lomo,
Que Micifuf tenía
Por nombre, en gala, cola y gallardía,
Célebre en toda parte
Por un zapinarciso y gatimarte.
Este, luégo que vió la bella gata
Más reluciente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y dia

457
111360

Paseaba el tejado en que vivia,
Con pajes y lacayos de librea;
Que nunca sirve mal quien bien desea.
Y sucedióle bien, pues luégo quiso
¡Oh gata ingrata! á Micifuf Narciso,
Dando á Marramaquiz celos y enojos.
No sé por cuál razon puso los ojos
En Micifuf, quitándole al primero
Con súbita mudanza,
El antiguo favor y la esperanza.
¡Oh cuánto puede un gato forastero,
Y más siendo galan y bien hablado,
De pelo rizo y garbo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas;
No hay que fiar de gatas melindrosas.
¿Quién pensára que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel y inexorable,
Y que al galan Marramaquiz dejára
Por un gato que vió de buena cara,
Despues de haberle dado
Un pié de puerco hurtado,
Pedazos de tocino y de salchichas?
¡Oh cuán poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En qué mujer habrá firmeza alguna?
¿Quién tendrá confianza,
Si quien dijo mujer dijo mudanza?
Marramaquiz con ánsias y desvelos
Vino á enfermar de celos,
Porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente, Merlin, que le curaba,
Gato de cuyas canas, nombre y ciencia
Era notoria á todos la experiencia,
Mandó que se sangrase,
Y como no bastase,

Vino á verle su dama,
Aunque tenía en un desvan la cama,
Adonde la carroza no podia
Subir, por alta y por la estrecha vía;
Pero, en fin, apeada
Entró, de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
Despues de sosegado el accidente,
Él con maúllo habló y ella con mirlo,
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo.
Pero, por alegralle la sangría,
Le trujo su criada Bufalía
Una pata de ganso y dos ostiones.
Él se quejó con tímidas razones
En su lenguaje mizo,
A que ella con vergüenza satisfizo;
Quejas, que traducidas dél y della,
Así decian: «Zapaquilda bella,
¿Por qué me dejas tan injustamente?
¿Es Micifuf más sabio, es más valiente?
¿Tiene más ligereza, mejor cola?
¿No sabes que te quise elegir sola
Entre cuantas se precian de mirladas,
De bien vestidas y de bien tocadas?
¿Esto merece que un invierno helado,
De tejado en tejado
Me hallaba el alba al madrugar el dia,
Con espada, broquel y bizarría,
Más cubierto de escarcha
Que soldado español que en Flándes marcha
Con arcabuz y frascos?
Si no te he dado telas y damascos,
Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,
Por no ofender, ingrata, á tu belleza,

457
111360

Las naguas que te dió naturaleza.
Pero en lo que es regalos, ¿ quién ha sido
Más cuidadoso, como tú lo sabes,
En cuanto en las cocinas atrevido
Pude garrafiñar de peces y aves?
¿Qué pastel no te truje, qué salchicha?
¡Oh terrible desdicha!
Pues no soy yo tan feo;
Que ayer me vi, mas no como me veo,
En un caldero de agua que de un pozo
Sacó para regar mi casa un mozo,
Y dije: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
¡Oh celos! ¡oh piedad! ¡oh amor! reñilda.»
No suele desmayarse al sol ardiente
La flor del mismo nombre, y la arrogante
Cerviz bajar humilde, que la gente
Por la loca altitud llamó gigante;
Ni queda el tierno infante
Mas cansado despues de haber llorado
De su madre en el pecho regalado,
Que el amante quedó sin alma. ¡Oh cielos,
Qué dulce cosa amor, qué amarga celos!
Ella, como le vió que ya exhalaba
Blandamente el espíritu en suspiros,
Y que piramizaba
Entre dulces de amor fingidos tiros,
Porque no se le rompa vena ó fibra,
El mosqueador de las ausencias vibra,
Pasándole dos veces por su cara.
Volvióle en sí, que aquel favor bastára
Para libralle de la muerte dura,
Y luégo con melífera blandura
Le dijo en lengua culta:
«Si tu amor dificulta
El que me debes, en tu agravio piensas

Tan injustas ofensas;
Que aunque es verdad que Micifuf me quiere,
Y dice á todos que por mí se muere,
Yo te guardo la fe como tu esposa.»
Cesó con esto Zapaquilda hermosa,
Sellando honesta las dos rosas bellas;
Que siempre hablaron poco las doncellas,
Que como las viudas y casadas,
No están en el amor ejercitadas.
Bajaba ya la noche,
Y las ruedas del coche,
Tachonadas de estrellas,
Brilladores diamantes y centellas,
Detras de las montañas resonaban.
Los pájaros callaban,
Dejando el campo yermo,
Cuando los pajes del galan enfermo
En el alto desvan hachas metian,
Que alumbrar la carroza prevenian.
Entónces los amantes
(Que son los cumplimientos importantes),
Ella por irse y él quedarse á solas,
Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas
De los crüeles celos
De Micifuf, Marramaquiz valiente
(Aquellos que han costado tantas vidas,
Y que en los mismos cielos
A Júpiter, señor del rayo ardiente,
Con disfraz indecente
Fugitivo de Juno,
Su rigor importuno

457
111360

Tantas veces mostraron,
Que en fuego, en cisne, en buey le transformaron
Por Europa, por Leda y por Egina),
Con pálida color y banda verde,
Para que la sangría se le acuerde,
Que amor enfermo á condoler se inclina,
Paseaba el tejado y la buharda
De aquella ingrata cuanto hermosa fiera.
Quien ama fieras ¿qué firmeza espera?
¿Qué fin, qué premio aguarda?
Zapaquilda gallarda
Estaba en su balcon, que no atendia
Más de á saber si Micifuf venía,
Cuando Garraf, su paje,
Si bien de su linaje,
Llegó con un papel y una bandeja.
Ella la cola y el confin despeja
Y la bandeja toma,
Sobre negro color labrada de oro
Por el indio oriental, y con decoro
Mira si hay algo que primero coma,
Ofensa del cristal de la belleza;
Propia naturaleza
De gatas ser golosas,
Aunque al tomar se finjan melindrosas;
Y ántes de oir al paje,
Ve las alhajas que el galan envia,
Qué joya, qué invencion, qué nuevo traje.
En fin, vió que traia
Un pedazo de queso
De razonable peso,
Y un relleno de huevos y tocino;
Atis en fruta que produce el pino
Entre menuda rama
En la falda del alto Guadarrama,

Por donde van al bosque de Segovia;
Y luego, en fe de que ha de ser su novia,
Dos cintas que le sirvan de arracadas,
Gala que sólo á gatas regaladas,
Cuando pequeñas, las mujeres ponen,
Que de rosas de nácar las componen.
Tomó luégo el papel, y con sereno
Rostro, apartando el queso y el relleno,
Vió que el papel decia:
«Dulce señora, dulce prenda mia,
Sabrosa, aunque perdone Garcilaso
Si el consonante mismo sale al paso,
Más que la fruta del cercado ajeno;
Ese queso, mi bien, ese relleno,
Y esas cintas de nácar os envío,
Señas de la verdad del amor mio.»
Aquí llegaba Zapaquilda, cuando
Marramaquiz celoso, que mirando
Estaba desde un alto caballete
Tan gran traicion, colérico arremete,
Y echa veloz, de ardiente furia lleno,
Una mano al papel y otra al relleno.
Garraf se pasma y queda sin sentido,
Como el que oyó del arcabuz el trueno
Estando divertido,
A quien el ofendido
Tiró una manotada con las fieras
Uñas, de suerte que formando esferas
Por la region del aire vagaroso,
Le arrojó tan furioso,
Que en el claro cristal de sus espejos
Pudo cazar vencejos,
Ménos apasionado y más ocioso.
No de otra suerte el jugador ligero
Le vuelve la pelota al que la saca,

457
111360

Herida de la pala resonante;
Quéjase el aire, que del golpe fiero
Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
Y chaza el que interviene el pié delante;
El gatazo arrogante,
Sin soltar el relleno, despedaza
El papel, que en los dientes
Con la espuma celosa vuelve estraza,
Y á Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
De los undosos rios quien se ahoga,
Que asiéndose de rama, yerba ó soga,
La tiene firme, de sentido ajeno;
Así Marramaquiz tiene el relleno,
Que ahogándose en congojas y desvelos,
No soltaba la causa de los celos.
¡Oh cuánto amor un alma desespera,
Pues cuando ya se ve sin esperanza
En un relleno tomará venganza!
Mas ¿quién imaginára que pudiera
Dar celos el amor en ocasiones
Con rellenos de huevos y piñones?
Mas ¡ay de quien le habia
Hecho para la cena de aquel dia!
Huyóse al fin la gata, y con el miedo
Tocó las tejas con el pié tan quedo,
Que la amazona bella parecia
Que por los trigos pálidos corria,
Sin doblar las espigas de las cañas;
Que de tierras extrañas
Tales gazapas las historias cuentan.
Los miedos que á la gata desalientan,
La hicieron prometer, si la libraba,
Al niño Amor un arco y una aljaba
De aquel celoso Rodamonte fiero

Hasta pasar las furias del Enero;
El cual juró olvidarla, y en su vida,
Desnuda ni vestida,
Volver á verla, ni tener memoria
De la pasada historia,
Y buscar algun sabio
Para satisfaccion de tanto agravio.
Pero fueron en vano sus desvelos,
Que amor no cumple lo que juran celos;
Y tanto puede una mujer que llora,
Que vienen á reñirla y enamora,
Creyendo el que ama, en sus celosas iras,
Por una lagrimilla mil mentiras;
Y como Ovidio escribe en su *Epistolio*,
Que no me acuerdo el fólio,
Estas heridas del amor protervas
No se curan con yerbas;
Que no hay para olvidar á amor remedio
Como otro nuevo amor ó tierra en medio.
Garraf, en tanto que esto se trataba,
Estropeado á Micifuf llegaba,
Mayando tristemente
En acento hipocóndrico y doliente,
Como suelen andar los galloferos
Para sacar dineros.
Manqueando de un brazo,
Colgado de un retazo,
Y débiles las piernas,
Una cerrando de las dos linternas,
Por mirar á lo bizco.
Luégo en el corazon le dió un pellizco
La mala nueva, que adelanta el daño,
Haciendo al aposento el desengaño,
Y díjole: «¿Qué tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes?»

457
111360

Entónces él, moviendo tremolante
Blanda cola detras, lengua delante,
Le refirió el suceso,
Y que Marramaquiz papel y queso
Y relleno tambien le habia tomado,
Como celoso airado,
Como agraviado necio,
Con infame derprecio,
Con descortés porfía,
Y que de tan extraña gatería
Zapaquilda admirada,
Huyó por el desvan, la saya alzada;
Que en lo que las mujeres son las naguas
De raso, tela ó chamelote de aguas,
Es en las gatas la flexible cola,
Que *ad libitum* se enrosca ó se enarbola.
Contóle que de aquella manotada,
Con su cuerpo afligido,
De miedo helado y de licor teñido,
Descalabró los aires,
Y con otros agravios y desaires,
Que prometió vengarse por la espada
De haberle enamorado á Zapaquilda
Y hablarla en el tejado de Casilda,
Una tendera que en la esquina estaba;
Y dijo que pensaba,
En desprecio y afrenta de sus dones,
Hacer de los listones
Cintas á sus zapatos.
¡Oh celos! si entre gatos,
De burlas y de véras,
Formais tales quimeras,
¿Qué haréis entre los hombres
De hidalgo proceder y honrados nombres?
No estuvo más airado

Agamenon en Troya,
Al tiempo que metiendo la tramoya
Del gran Paladïon, de armas preñado,
Echaron fuego á la ciudad de Enéas,
De ardientes hachas y encendidas teas,
Causa fatal del miserable estrago
De Dido y de Cartago,
Por quien dijo Virgilio,
Destituida de mortal auxilio,
Que llorando decia:
«¡Ay dulces prendas cuando Dios queria!»
Ni Barbaroja en Túnez,
Ni el fuerte Pirro ni Simon Antúnez,
Este bravo español y griego el otro;
Que Micifuz, como si fuera potro,
Relinchando de cólera, en oyendo
El fiero y estupendo
Furor de su enemigo;
Mas prometiendo darle igual castigo,
Se fué á trazar el modo
De vengarse de todo;
Que á un pecho noble, á un ínclito sujeto,
Mayor obligacion, más celo alcanza
De poner en efeto
Desempeñar su honor con la venganza.
Marramaquiz en tanto
Desesperado por las selvas iba
Para buscar el sabio Garfiñanto,
Al tiempo que el aurora, fugitiva
De su cansado esposo,
Arrojaba la luz á los mortales,
Y el sol infante en líquidos pañales
De celajes azules
Mandaba recoger en sus baules,
Para poder abrir los de oro y rosa,

111360

El manto de la noche temerosa,
Aunque era todo el manto de diamantes,
En el zafiro nítido brillantes,
Ojos del sueño el hurto y el espanto.
Este gatazo y sabio Garfiñanto,
Cano de barba y de mostachos yerto,
De un ojo resmellado y de otro tuerto,
Bien que de ilustre cola venerable,
Y que sabía con rigor notable
Natural y moral filosofía,
Por los montes vivia
En una cueva oculta,
Cuya entrada á las fieras dificulta,
Como el de Polifemo, un alto risco.
No se le daba un prisco
De riquezas del mundo, que estimaba
Sólo el sol que Alejandro le quitaba,
A aquel que de los hombres puesto en fuga,
Metido en un tonel, era tortuga.
¡Bien haya quien desprecia
Esta fábula necia
De honores, pretensiones y lugares,
Por estudios ó acciones militares!
Sabía Garfiñanto astrología,
Mas no pronosticaba;
Que decia que el cielo gobernaba
Una sola virtud que le movia,
A cuya voluntad está sujeto
Cuanto crió, que todo fué perfeto;
No sacaba almanaques,
Ni decia que en Troya y los Alfaques
Verian abundancia
De pepinos y brevas,
Muchas lentejas en París y en Tébas,
Y que cierta cabeza de importancia,

Sin decirnos adónde, faltaria;
Que por mujeres Vénus prometia
Pendencias y disgustos,
Como si por sus celos ó sus gustos
Fuese en el mundo nuevo.
Pero, volviendo á nuestro sabio Febo,
Despues de consultado,
Dijo á Marramaquiz que su cuidado
En vano á Zapaquilda pretendia,
Y que sólo sería
Remedio que pusiese en otra parte,
Vengándose con arte,
Los ojos, divirtiendo el pensamiento;
Que amar era cruel desabrimiento,
Más que traer un áspid en las palmas,
En no reciprocándose las almas;
Que amor se corresponde con anteros,
Y más si lo negocian los dineros.
Destituido el gato
Ya de mortal socorro,
Se fué calando el morro,
Y dióle una salchicha,
Por no mostrarse á Garfiñanto ingrato;
Que no pagar la ciencia
Es cargo de conciencia,
Mas dicen que de sabios es desdicha.
Pensando en quién pusiese, finalmente,
De toda la gatesca bizarría
La dulce enamorada fantasía,
Para verse de amor convaleciente,
Se le acordó que enfrente
De su casa vivia un boticario,
De cuyo cocinante vestuario
Una gata salia,
Que la bella Micilda se decia,

457
111360

Y sentada tal vez en su tejado,
Miraba como dama en el estrado
Los nidos de los sabios gorriones,
Dejando pulular los embriones,
Y en viendo abiertos los maternos huevos,
Comerse algunos de los ya mancebos.
Admitiendo este nuevo pensamiento,
Más que su voluntad, su entendimiento,
Que amor en las venganzas se resfria,
Emprende mucho y ejecuta poco,
Por entónces templó la fantasía;
Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.
Estaba el sol ardiente
Una siesta de Mayo calurosa,
Aunque amorosamente
Plegando el nácar de la fresca rosa,
Que producen los niños abrazados
Huevos del cisne y huevos estrellados,
Pues que los hizo estrellas,
Cuando Micilda con las manos bellas
La cara se lavaba y componia
No léjos del tejado en que vivia.
Marramaquiz, que ya con más cuidado
La miraba y servia,
En fe del Garfiñanto consultado,
Cuando al mismo tejado
Zapaquilda llegó por accidente.
El gato, viendo la ocasion presente,
Para que su deseo
La diese celos con el nuevo empleo,
Llegándose más tierno y relamido,
A Micilda, que ya, de vergonzosa,
Estaba más hermosa,
Y equívoco fingiendo
Falso desprecio, descuidado olvido,

En su venganza misma padeciendo
Amorosos deseos
(Tales son del amor los devaneos),
Requebrando á Micilda, á quien pensaba
Ofrecer los despojos
De aquella guerra, paz de sus enojos,
Y á Zapaquilda á lo traidor miraba
En las intercadencias de los ojos,
Tan extraño sentido,
Que es ménos entendido
Miéntras que más parece que se entiende,
Pues siempre con engaños se defiende;
Que si las luces de los ojos miras,
Basta ser niñas para ser mentiras.
Micilda, á quien tocaba en lo más vivo
El amor primitivo,
Porque, como doncella, fácilmente
A lo que entónces siente
La tierna edad, se rinden y avasallan,
Hablando con los ojos cuando callan,
De buena gana dió fácil oido
A los requiebros del galan fingido,
Con que ya andaban de los dos las colas
Mas turbulentas que del mar las olas.
Zapaquilda sentada,
De aquella libertad (que es propio efeto
De la que fué querida
Sentir desprecio donde vió respeto),
Murmurando entre dientes,
Amenazaba casos indecentes
Entre personas tales,
En calidad y en nacimiento iguales.
Como se ve gruñir perro de casa,
Mirando al que se entró de fuera enfrente,
Estando en medio de los dos el hueso,

111360

Que ninguno por él, de miedo, pasa,
Parando finalmente
Las iras del canículo suceso
En que ninguno de los dos le come,
Obligando á que tome
Un palo algun criado,
Que los desparte airado
Y deja divididos,
Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
Así feroz gruñia
Zapaquilda envidiosa,
Afectos de celosa,
Aunque al gallardo Micifuf queria;
Que hay mujeres de modo,
Que, aunque no han de querer, lo quieren todo
Porque otras no lo quieran;
Y luégo que rindieron lo que esperan,
Vuelven á estar más tibias y olvidadas.
Finalmente, las gatas encontradas,
Siendo Marramaquiz el hueso en medio
(Tal suele ser de celos el remedio),
A pocos lances, de mirarse airadas,
Vinieron á las manos, dando al viento
Los cabellos y faldas;
Y en tanto arañamiento,
Turbadas de color las esmeraldas,
Maullando en tiple y el gatazo en bajo,
Cayeron juntas del tejado abajo,
Con ligereza tanta,
Aunque decirlo espanta,
Por ser, como era, el salto
Cinco suelos en alto,
Hasta el alero del tejado fines;
Que no perdió ninguna los chapines;
Quedando el negro amante,

Despues de tan extraños desconsuelos,
Muerto de risa en acto semejante:
Tan dulce es la venganza de los celos.

SILVA III.

Distaba de los polos igualmente
La máscara del sol, y Cinosura,
Primera cuadrilátera figura,
Con la estrella luciente,
Que mira el navegante,
Bordaba la celeste arquitectura;
Velaba todo amante
Por el silencio de la noche oscura,
Y en el indiano clima el sol ardia,
En dos mitades dividido el dia,
Cuando gallardo Micifuf valiente
Paseaba el tejado de su dama,
Que sangrada en la cama
La tuvo el accidente
Dos dias, que faltó sol al tejado
Y estuvo la cocina sin cuidado,
No por la altura de los siete suelos,
Mas por el sobresalto de los celos.
Iba galan y bravo,
Un cucharon sin cabo,
Destos de hierro, de sacar buñuelos,
Por casco en la cabeza,
Que en ella tienen la mayor flaqueza,
Pues no suelen morir de siete heridas,
Por quien dicen que tienen siete vidas,
Y un golpe en la cabeza los atonta;
Así la tienen á desmayos pronta.
Broquel de cobertera,
Espada de á caballo, que ántes era

457
111360

Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
Que él solia llamar *timebunt* gatos;
Y por las manchas de los piés y el anca
Natural media blanca,
Y capa de un bonete colorado,
Abierto por un lado,
Plumas de un pardo gorrion cogido
Por ligereza, pero no por arte.
Así rondaba el nuevo Durandarte,
Galan favorecido,
Porque son los favores de la dama
Guarnicion de las galas de quien ama.
Dos músicos traian instrumentos,
A cuyo són y acentos
Cantaban dulcemente;
Y así, llegando del balcon enfrente
De Zapaquilda bella
Cantaron un romance que por ella
Compuso Micifuf, poeta al uso,
Que él tampoco entendió lo que compuso.
Mas puesta á la ventana
Con serenero de su propia lana,
Hasta que Bufalía
Le trujo un rocadero,
Que por más gravedad y fantasía
Sirvió de capirote y serenero,
Y en medio de lo grave
Del romance süave
Les dijo con despejo,
Pareciéndole versos á lo viejo,
Que jácara cantasen picaresca;
Y así, cantaron la más nueva y fresca,
Que, para que lo heroico y grave olviden,
Hasta las gatas jácaras les piden:
Tanto el mundo decrépito delira.

Aquí se resolvió la dulce lira,
Y en dos lascivos ayes,
Andolas, guirigayes
Y otras tales bajezas,
Cantaron pues las bárbaras proezas
Y hazañas de rufianes,
Que éstos son los valientes capitanes
Que celebran poetas
De aquellos que, en extremas
Necesidades, viven arrojados
Al vulgo, como perros á leones;
Que la virtud y estudios mal premiados
Mueren por hospitales y mesones:
Verdes laureles de Virgilios y Enios,
Perecer la virtud y los ingenios.
Mas ¿quién le mete á un hombre licenciado
Mas que en hablar de solo su tejado?
Que no le dió la escuela más licencia;
Que es todo lo demas impertinencia.
Cuando aquesto pasaba,
Marramaquiz estaba
Inquieto y acostado,
Treguas pidiendo á su mortal cuidado;
Pero, como el amor le desvelaba,
Dió, de sentido falto,
Desde la cama un salto,
Compuesta de pellejos,
Otro tiempo conejos
Que en el Pardo vivian,
Y en la cola sus cédulas traian
Para seguridad de sus personas:
Mas ¡ay muerte cruel! ¿á quién perdonas?
Saltó en efecto como el conde Claros,
Y armándose de ofensas y reparos,
Vino de ronda al puesto por la posta,

111360

Por ver si habia moros en la costa,
Y no siendo ilusion el pensamiento
(Que del alma el primero movimiento
Pocas veces engaña),
No suele débil caña
En las espadas verdes esparcidas,
Del aire sacudidas,
Hacer manso rüido
Con más veloz sonido,
Como rugió los dientes;
Ni entre los accidentes
Del erizado frio
Al enfermo sucede
Aquel ardor contrario,
Como de ver tan loco desvarío,
Que apénas le concede,
Entre uno y otro pensamiento vário,
Respiracion y aliento,
De la vida instrumento,
Helado y abrasado
Entre ardores y hielos,
Que al frio de los celos
Frígido fuego sucedió mezclado,
Que con distinto efeto
En un mismo sujeto
Viven, siendo contrarios;
La causa es una y los efectos varios.
Miraba á Zapaquilda en la ventana
Hablando con su amante,
Sin miedo de la luz de la mañana,
Que coronaba el último diamante
Del manto de la noche, que iba huyendo,
Y cantando y tañendo
Los músicos con tanto desenfado
Como si fuera su tejado el prado;

Que nunca los amantes,
Previnieron peligros semejantes;
Así los embeleca
Amor de ceca en meca,
Como olvidado Antonio con Cleopatra,
La gitana de Ménfis, que idolatra,
Que ciego de su gusto no temia
El César que siguiéndola venía;
Porque si fué romano Octaviano,
Tambien Marramaquiz era romano;
Y si valiente César y prudente,
No ménos fué él prudente que valiente;
Que en su tanto, los méritos mirados,
César pudiera ser de los tejados.
Como detras del árbol escondido
Mira y advierte con atento oido
El cazador de pájaros el ramo,
Donde tiene la liga y el reclamo,
Para en viendo caer el inocente
Jilguero, que los dulces silbos siente
Del amigo traidor, que le convida
A dura cárcel con la voz fingida,
Y apénas ve las plumas revolando
Entre la liga, cuando
Arremete y le quita, no piadoso,
Sino fiero y cruel; así el celoso
Marramaquiz atento
Esperaba el primero movimiento
Del venturoso amante, que decia
Con dulce mirlamiento:
«Dulce señora mia,
¿Cuándo será de nuestra boda el dia?
¿Cuándo querrá mi suerte que yo pueda
Llamaros dulce esposa,
Que entónces para mí será dichosa?

457
111360

—¡Ay! tanto bien el cielo me conceda.
Mas fué nuestra fortuna
Que Júpiter jamas por ninfa alguna,
Aunque se trasformaba
En buey, que el mar pasaba,
En sátiro y en águila y en pato,
Nunca le vieron trasformarse en gato;
Porque si alguna vez gatiquisiera,
De los amantes gatos se doliera.»
Con voz enamorada
Doliente y desmayada,
La gata respondia:
«Mañana fuera el dia
De nuestra alegre boda;
Pero todo mi bien desacomoda
Aquel infame gato fementido,
Marramaquiz, celoso de mi olvido,
Que en llegando á saber mi casamiento.
Hubiera temerario arañamiento,
Y estimar vuestra vida
Me tiene temerosa y encogida;
Que es robusto y valiente,
Y en materia de celos impaciente.
Mejor será matalle con veneno.»
Aquí, de furia lleno,
Respondió Micifuf: «¿Por un villano
Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
¿Él, señora, lo estorba?
¿Es por ventura más que yo valiente?
¿Tiene la uña corva
Más dura que la mia,
O más agudo y penetrante el diente
Entre la mostachosa artillería?
¿Qué hueso de la pierna ó espinazo
Se me resiste á mí? ¿Qué fuerte brazo?

¿Yo no soy Micifuf ¿Yo no desciendo
Por línea recta, que probar pretendo,
De Zapiron, el gato blanco y rubio
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato?
Pues ¿cómo ahora, con desden ingrato,
Teneis temor de un maullador gallina,
Valiente en la cocina,
Cobarde en la campaña,
Y referir por invencible hazaña
Dar á Garraf, un gato mi escudero,
Que, fuera de ser gato forastero,
Es agora tan mozo,
Que apénas tiene bozo,
Una guantada con las uñas cinco,
Si de repente dió sobre él un brinco?
¿Qué Scipion del Africano estrago?
¿Qué Anibal de Cartago?
¿Qué fuerte Pero Vazquez Escamilla,
El bravo de Sevilla,
Por esos ojos, que á la verde falda
De las selvas hurtaron la esmeralda?
Que si entónces me hallára en el tejado,
Que no llevára, como se ha llevado,
El queso y el relleno;
Y ¿quereis que le mate con veneno?
Esa es muerte de príncipes y reyes,
Con quien no valen las humanas leyes,
No para un gato bárbaro cobarde,
Cuyas orejas os traeré esta tarde,
Y de cuyo pellejo,
Si no me huye con mejor consejo,
Haré, para comer con más gobierno,
Una ropa de martas este invierno.»
Aquí Marramaquiz, desatinado,

457
111360

Cual suele arremeter el jarameño
Toro feroz, de media luna armado,
Al caballero con airado ceño
(Andaluz ó extremeño;
Que la patria jamas pregunta el toro),
Y por la franja del bordado de oro
Caparazon meterle en la barriga
Dos palmos de madera de tinteros,
Acudiendo al socorro caballeros,
A quien la sangre ó la razon obliga
Al caballo inocente, que pensaba,
Cuando le vió venir, que se burlaba:
«Gallina Micifuf (dijo furioso,
El hocico limpiándose espumoso),
Blasonar en ausencia
No tiene de mujeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
De todo gato de ascendiente noble;
Si tú de Zapiron, yo de Malandro,
Gato del Macedon Magno Alejandro,
Desciendo, como tengo en pergamino,
Pintado de colores y oro fino,
Por armas un morcon y un pié de puerco,
De Zamora ganados en el cerco,
Todo en campo de golas,
Sangriento más que rojas amapolas,
Con un cuartel de quesos asaderos,
Roeles en Castilla los primeros,
No fueron en cocinas mis hazañas,
Sino en galeras, naves y campañas;
No con Garraf, tu paje,
Con gatos moros, las mejores lanzas;
Que yo maté en Granada á Tragapanzas,
Gatazo Abencerraje,
Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo,

Gato que fué del regidor Rengifo,
Y de dos urañadas
Deshice á Golosillo las quijadas,
Por gusto de una Miza, mi respeto,
Y le quité una oreja á Boquifleto,
Gato de un albañil de Salobreña;
La cola en Fuentidueña
Quité de un estiron á Lameplatos,
Mesonero de gatos;
Sin otras cuchilladas que he tenido,
Y la que di á Garrido,
Que del corral de los naranjos era
Por la espada primera
Unico gaticida.
Pero es hablar en cosa tan sabida
Decir que el tiempo vuela y no se pára,
Que no hay cara más fea que la cara
De la necesidad, y la más bella
Aquella del nacer con buena estrella
Que alumbra el sol y que la nieve enfria,
Que es escura la noche y claro el dia.
Esa gata cruel, que me ha dejado
Por tu poco valor, verá muy presto,
Siendo aqueste tejado
El teatro funesto,
Cómo te doy la muerte que mereces
Porque mi vida á Zapaquilda ofreces,
Llevando tu cabeza presentada
A Micilda, que es ya mi prenda amada;
Micilda, que es más bella
Que al vespertino sol cándida estrella,
Vénus, que rutilante
Es de su anillo espléndido diamante.
Esta sí que merece la fe mia,
Mi constancia, mi amor, mi bizarría;

457
111360

Que no gatas mudables,
Que, si por su hermosura son amables,
Son por su condicion aborrecibles,
Amigas de mudanzas ya imposibles.»
Aquí sacó la espada ruginosa
De la vaina mohosa,
Y á los golpes primeros
Se llamaron fulleros,
Si bien no hay deshonor desenvainada;
Y Zapaquilda huyendo,
Del súbito temor la sangre helada,
Dejóse el serenero en el tejado.
Los músicos, en viendo
El belicoso duelo comenzado,
Huyeron, como suelen;
Que no hay garzas que vuelen
Tan altas por los vientos;
Dicen que por guardar los instrumentos,
Y mil razones tienen,
Pues que sólo á cantar en ellos vienen;
Que mal cantára un hombre si supiera
Que habia luégo de sacar la espada,
Que tanto el pecho altera;
Ni pudiera formar la voz turbada;
Que hay mucha diferencia, sí se mira,
De dar en los broqueles ó en las cuerdas,
Pasar la espada el pecho, ó por la lira,
El arco hiriendo las pegadas cerdas.
Andaba entónces Guruguz de ronda,
Con una escuadra vil de sus esbirros,
Cuyo abuelo, nacido en Trapisonda,
Curaba hipocondriacos y cirros;
Y viéndolos andar á la redonda,
Como si fueran Césares ó Pirros,
Los dos valientes gatos,

Con fuerte anhelo descansando á ratos,
Llegaron á ponerse de por medio,
Que fué difícil, pero fué remedio.
Mas, como respetar á la justicia,
De gente principal respeto sea,
Y lo contrario bárbara malicia,
Luégo Marramaquiz rindió la espada;
¿Quién habrá que lo crea?
Mas viendo Guruguz que no queria
Que el amistad quedase confirmada,
Sino permanecer en su porfía,
Llevólos á la cárcel, enojado,
Cuando Febo dorado
Asomaba la frente
Por las ventanas del rosado oriente,
Como si azúcar fuera, y de colores
En campo verde iluminó las flores.

SILVA IV.

Quien dice que el amor no puede tanto,
Que nuestro entendimiento
No puede sujetarle, es imposible
Que sepa qué es amor, que reina en cuanto
Compone alguna parte de elemento
En el mundo visible.
¡Oh fuerza natural incomprehensible!
Que en todo cuanto tiene
Una de las tres almas,
A ser el alma de sus almas viene.
¿Quién no se admira de mirar las palmas
En la region del Africa desnuda,
Cuando su fruto en oro el color muda,
Con sólo aquel ardor vegetativo
Amarse dulcemente?

457
111360

Que en lo demas que siente,
No es mucho que de amor el fuego vivo
Imprima sentimiento
Y natural deseo
Con lazos de pacífico himeneo.
La fiera, el ave, el pez en su elemento,
Todos aman, y quieren
Por la razon de bien lo que es amable,
Pues ama lo que es sólo vegatable.
Si de ningun sentido el bien infieren
Entre las cosas que por él adquieren
Algun conocimiento,
Perdonen cuantas aves y animales
De su distinto gozan elemento;
Ningunas son iguales
En amor á los gatos,
Exceptuando las monas,
Que hasta en esto se precian de personas,
Y ya que no en esencia, en ser retratos;
Porque acontece con el hijo al pecho
Abrazalle con lazo tan estrecho,
Que le hacen exhalar la sensitiva
Alma vital. Así el amor les priva,
Que fué en la estimativa conocido
Del natural sentido;
Y si por opinion crítico alguno
Tiene que amor tan loco
No puede haber en animal niuguno,
Váyase poco á poco
Al africano Tetüan, adonde
Verá cómo, á los árboles trepando
Esta del hombre semejanza propia,
De que hay allí gran copia,
Ya sale con el hijo, ya se esconde,
Y á los que van ó vienen caminando,

Con risa de monesco regocijo,
Muestra el peloso hijo.
Mas fuera disparate,
Si no es que en ellas trate,
Ir por ver una mona
Hasta el Africa un hombre;
Que si de Tito Livio llevó el nombre
Muchos hombres á Roma, fué corona
De los historiadores;
Que sólo aquellas cosas superiores,
Dignas por fama de admirable espanto,
Es bien que cuesten tanto,
Como ver á Venecia,
Perche chi non la vede non la precia;
Que al cielo desde el agua se avecina,
Y en góndolas por coches se camina.
Los gatos en efeto
Son del amor un índice perfeto,
Que á los demas prefiere,
Y quien no lo creyere,
Asómese á un tejado
Con frias noches de un invierno helado,
Cuando miren las hélices nocturnas
Las estrelladas urnas
Del frígido Acüario;
Verá de gatos el concurso vário,
Por los melindres de la amada gata,
Que sobre tejas de escarchada plata
Su estrado tiene puesto,
Y con mirlado gesto
Responde á los maúllos amorosos
De los competidores,
No de otra suerte, oyendo sus amores,
Que Angélica la bella
De Ferragut y Orlando,

457
111360

Amantes belicosos,
Cuando andaban por ella
Sin comer y dormir, acuchillando
Franceses y españoles,
De que no se le dió dos caracoles.
¿Qué cosa puede haber con que se iguale
La paciencia de un gato enamorado,
En la canal metido de un tejado
Hasta que el alba sale,
Que en vez de rayos coronó el oriente
De carámbanos frígidos la frente?
Pues sin gaban, abrigo ni sombrero
Febo oriental le mirará primero
Que él deje de obligar con tristes quejas
Las de sus gatarígidas orejas,
Por más que el cielo llueva
Mariposas de plata cuando nieva.
Mas dejando cansadas digresiones,
Que el retórico tiene por viciosas,
Aunque en breves paréntesis gustosas,
Presos los dos gatíferos campeones,
Por no querer hacer las amistades
Y responder soberbias libertades,
Dicen que Zapaquilda
Y la bella Micilda,
Tapadas de medio ojo,
Con sus mantos de humo,
Que es llegar á lo sumo
De un amoroso antojo,
Fueron á ver sus presos;
Que en tanta autoridad tales excesos
Parecen desatino.
En fin, Micilda enamorada vino,
Con que á toda objecion amor responde;
Así la infanta doña Sancha al conde

Garci Fernandez, preso, visitaba
En la escura prision del Rey su padre,
Dicen que con deseos de ser madre,
Que habia dias que sin él estaba.
Cada cual de las dos imaginaba
Que la otra venía
Por el que ella queria,
Y con este engañado pensamiento,
Que nunca tienen mucho fundamento
Los celos, comenzaron á mirarse
En manifestacion de sus enojos,
Tirándose relámpagos los ojos.
¡Oh quién las viera entónces levantarse
Sobre los piés derechas,
A ver si eran verdades las sospechas,
Y de ser descubiertas recatarse;
Condicion de los celos esconderse,
Quererse declarar y no atreverse!
Que, como son desprecio del paciente,
Huye de que se entienda lo que siente,
Que amar siempre se tuvo por nobleza,
Y los celos por acto de bajeza,
Como si amor pudiese estar sin celos,
Que más pueden estar sin sol los cielos,
Testigo Juno y Prócris, á quien llora
Céfalo por los celos de la Aurora.
En fin, despues de sufrimiento tanto,
Quitó Micilda de la cara el manto
A la siempre celosa Zapaquilda,
Y ella, echando las uñas á Micilda,
Con el rebozo el moño,
No suele por los fines del otoño
Quedar la vid ñudosa en los sarmientos
De los marchitos pámpanos robada,
Sin resistencia á los primeros vientos,

111360

Que con nevado soplo y boca helada
Cierzo dejó cadáver con la fiera
Mano que floreció la primavera,
Como las dos quedaron en la rifa;
Ni Fátima y Jarifa
Por el abencerraje Abindarráez,
Ni por Martin Pelaez,
Que del Cid heredó la valentía,
Doña Urraca y María de Meneses,
Aquella á quien pedia
Con palabras corteses
Las nueces su galan, si no bailaba,
Así celoso amor las provocaba.
En fin, á puros tajos y reveses
De las rapantes uñas aguileñas,
Desmoñadas las greñas
Y el soliman raido,
Quedaron desmayadas sin sentido,
Haciendo cada cual la gata-morta.
No fué con esto la prision mas corta,
Pero salieron della finalmente;
Que el tiempo, con los bienes ó los males,
Dejando siempre atrás todo accidente,
Que fué final accion de los mortales,
Vuela sin detenerse,
Dejándose llegar para perderse.
Asi pasó la gloria de Numancia
Y la brava arrogancia
De la fuerte Sagunto,
Porque la tierra toda es solo un punto
De la circunferencia de los cielos.
Pero ¿qué desatino de las musas
Me lleva á tan extraños garatusas?
Las iras del amor y de los celos
Pasaron adelante

En uno y otro amante.
Pero Marramaquiz, aconsejado
De sus amigos, remitió el cuidado
Al amor de Micilda;
Mas, como el que tenía á Zapaquilda
Era del alma verdadero efeto,
Aunque disimulaba á lo discreto,
Andaba triste y de congojas lleno;
¡Mísero del que vive en cuerpo ajeno,
Y por un amoroso desvarío
Pierde la libertad del albedrío,
Que no la compra el oro,
Porque es de todos el mayor tesoro!
Tenía las mandíbulas de suerte,
Que era un retrato de la muerte fiera,
Aunque es yerro pintarle calavera,
Porque aquella es el muerto, y no la muerte.
La muerte ha de pintarse una figura
Robusta, de cruel semblante airado,
Los fuertes piés en una piedra dura,
Si no sepulcro en pórfido labrado,
Con reyes y monarcas,
Hasta el que calza rústicas abarcas;
Damas que sujetaron capitanes,
Y en ásperas naciones,
Por bárbaras regiones
De fieros mamelucos y soldanes,
Y pintadas al uno y otro lado
La enfermedad, la guerra y la desgracia;
Parcas que tantas muertes han causado
Por tantos desconciertos,
Que huesos ya no es muerte, sino muertos.
No aprovechaba la hermosura y gracia
De Micilda á quitar al pobre amante
La memoria tenaz; que Amor escribe